

dido realzar la belleza de cuantas flores ofrecimos á vuestra consideración, vaya un pregón de flores:

Un jardín yevo en er brazo:
marvalocas, sensitivas,
asusenas, siemprevivas.
Yevo las flores der laso,
yevo reseda y jarmines,
yevo la flor de la sera,
yevo quinse primavera
cogidas en mis jardines.

—
Yevo lirios, yevo dalias,
yevo las marimoñitas,
las más bonitas de España.

Madrid, 5-4-910.

LA MUSA DE JUAN SOLDADO

Trabajo leído en el Centro del Ejército y de la Armada, de Madrid, en la velada organizada el 2 de marzo de 1911, por la Academia de la Poesía Española.

LA MUSA DE JUAN SOLDADO

Nuestra simpatía, en todos los aspectos de la vida, está siempre con los humildes: con el pueblo. Natural es, por consiguiente, que dentro del ejército esté con el soldado.

Ningún tributo rendido á la patria por los grandes, por los poderosos, por los aristócratas de la sangre ó del talento, por el mismo pueblo en sus diversas manifestaciones de actividad y vida, significa tanto ni tiene tan alto precio como la sangre ó las lágrimas de un pobre mozo, arrancado de un hogar que de él necesita, en nombre de un deber que él desconoce porque nadie se cuidó de enseñárselo.

Queremos, pues, por cariño y por simpatía hablar del soldado en esta ocasión, dedicándole algunas palabras — pocas, muy pocas; las que permiten la ocasión y el lugar, — á las coplas que alegran ó le hacen llevadera su dura vida de cuartel ó campaña; flores de una musa natu-

ral y sencilla, picaresca á ratos, á ratos tierna y conmovedora, y siempre ó casi siempre noble y generosa y resignada. Que así como nuestro amor y simpatía están preferentemente con el pueblo, como ya hemos dicho, también lo están con sus poetas anónimos, con los que cantan lo que del alma sale, sin más vestidura que la del propio natural sentimiento.

Deja el mozo de veinte años su casa para ir al servicio del rey, deja las tierras en donde hasta entonces fué libre, deja el dulce palique del amor naciente, y ya canta así:

Á servir al rey me voy:
el viento que da en tu puerta
son los suspiros que doy.

Y esta lindísima *soledá*, lamento de nostalgia y melancolía, se cruza en el aire con esta otra copla, que contrasta con ella por el desenfado y el donaire que la inspiraron:

Adiós, padre, y adiós, madre,
y adiós, novia, si la tengo;
que voy á pagarle ar rey
cuatro añiyos que le debo.

Coincidiendo con la desoladora despedida de los mozos, se oye también de labios de las mozas abandonadas este otro graciosísimo cantar:

Los quintos se van mañana,
se yevan los escogidos,

y las muchachas se quedan
con los que el rey no ha querido.

La resignación entra poquito á poco en el corazón del soldado, pero las madres... las novias... ¿cómo olvidarlas nunca?

Sordado soy, ¿qué remedio?
Así lo quiso mi suerte.
Y no me pesa er fusí,
pero sí dejá de verte.

Ese «¿qué remedio?» tan breve, encierra una gran fuerza de resignación; de convicción de que el deber de ser soldado es ineludible. Más aún: de que á veces, quizás el servicio, mal positivo y cierto, llamándole mal, libró á quien lo padece de mayores males posibles. La prueba es esta otra copla, que no debe de ser de ningún bisoño, sino de un veterano:

Para no ser soldados
muchos se casan,
y es más cruel la guerra
que luego pasan.
Y así hay casados
que dieran una oreja
por ser soldados.

El amor, como en todas partes, tiene en el cancionero de Juan Soldado poderoso influjo. ¿Y cómo no, si hay una mocita que á los soldados les brinda este piropo?

Sordadito lo quiero,
aunque supiera
que la noche de novios
se marcha fuera.
Que er der sordado
es el amor más durse
que yo he probado.

Halagadora opinión de la que sin duda participa aquella muchacha, de cuyas mejillas se llevó un soldado los claveles, y que pálida y pensativa se asoma á su reja:

— Dime, rosita de Mayo,
¿quién te ha robado er coló?
— Un sordado de á cabayo,
con palabritas de amó.

Porque, eso sí, sin menoscabo ni mortificación para ningún cuerpo, hemos de reconocer que la caballería se lleva la palma en estas lides amorosas.

Soldado lo quiero, madre,
pero no de infantería,
que la sal de los soldados
está en la caballería.

Escuchad, en pro de lo que decimos, hasta qué extremos llega la ilusión, la fantasía, el encanto, ó todo ello á la vez, de una zagala de Los Molares, ó del Coronil, ó de Los Palacios, ó de San Juan del Puerto, ó de Bollullos, ó de Utrera:

Sordado de á cabayo,
ponte la gorra,
que sin eya pareses
claver sin hojas.
Ya te la has puesto
y pareses con eya
claver compuesto.

Y ya que hablamos de mozas y mozos en sus amorosas relaciones, vayan á lo menos un par de coplas de las de preguntas y respuestas, que tanto abundan en el cancionero popular:

— Sordadito, sordadito,
¿qué yevas en la mochila?
— Yevo las armas der rey
y er corasón de una niña.

Y esta de otro estilo, que oímos no hace mucho tiempo cantar á un artillero con aire de jota, y que no puede ser más expresiva y enérgica:

— ¿De qué regimiento eres
que tan bien te sienta el ros?
— Del primero de montaña,
con más cañones que Dios.

Del lenguaje peculiar de campaña se han vestido también cantares amorosos muy bellos. He aquí uno de muestra:

Cuando vide á tus ojos
dije á los míos:
— Ya tenemos enfrente
los enemigos.

Respondió el alma:

— Ya están haciendo fuego
las avansadas.

Y así, enumerando y copiando, podríamos seguir hasta rendirnos y hasta fatigar vuestra atención: que es vasto y fecundísimo el campo, y por doquiera brotan á manojos las florecillas. No hay en la vida varia y accidentada de guerras y cuarteles, momento, detalle ni matiz que no esté recogido en cien cantares diferentes.

Oíd éste, de uno que sentó plaza por no trabajar en su pueblo:

Senté plaza de soldado
sólo por no trabajar,
y ahora me están fastidiando
con el paso militar.

Ó éste, de otro que gusta de sentar plaza de bien distinta suerte:

Con ese delantal blanco
vienes publicando guerra,
y yo como buen soldado
siento plaza en tu bandera.

Encierran á un infeliz en un castillo por cualquier fechoría, y salta esta copla:

En un castillo me vi
prisionero entre cadenas,
y acordándome de ti
se me quitaban las penas.

Aprisionan en el moro á otro desgraciado, y salta esta que vais á oír, llena de ingenuo patriotismo:

Preso ar moro me yevaron,
y ar subí por la escalera
vorví la carita á España
para despedirme de eya.

Un enamorado truhán se escuda así en el respeto al superior para escurrir el bulto y no dejarse echar las bendiciones:

Sordado soy de á caballo;
cuanto quieras te daré;
pero en tocando á casaca,
no quiere mi coroné.

Hay alguno que á la escasez del rancho le dedica este salado epigrama:

Si el comer poco es salud,
como dice aquel refrán,
los pobrecitos soldados
¡cuántos años vivirán!

Hay quien, en cambio, se considera poderoso y feliz con los cuatro cuartos que cobra:

Cuatro cuartos me da el rey
y con ellos como y bebo,
le pago á la lavandera
y me sobran tres y medio.

La musa de Juan Soldado es brava también y entra en batalla, y lanza sus cantos

aun en los momentos de mayor sobresalto y riesgo:

En la plaza se oyen tiros,
en la plaza se ha de entrar:
pena de la vida tiene
aquel que se vuelva atrás.

Ó este otro:

¡Vinge de Consolación!
¡Que me matan á balazos
en medio der batayón!

Y vaya, en fin, la última copla que queremos recordar aquí, de entre tantísimas como dejamos, por su alta significación y delicadeza. Está consagrada á una mujer, y dice así:

Eres delgada de talle
como junco de ribera:
eres en toda la calle
la que lleva la bandera.

Juan Soldado pone resueltamente su bandera en las manos para él más dignas de llevarla: en las de la mujer más hermosa de la calle; en la moza de sus amores; en la que es fina como junco de río... Imitemos todos á Juan Soldado, y pongamos siempre nuestra bandera allí donde estén nuestro más grande amor y nuestra ilusión más noble y más querida.

LA MEJOR COPLA

Poesía leída por María Guerrero en la función celebrada en el teatro Real, de Madrid, el día 3 de febrero de 1911, á beneficio del Real Dispensario Antituberculoso Reina Victoria.